



Identidades

Relato 2 · Entre azules e invencibles

Estaba terminando de pegarse el bigote, un poco alto quizás en su primer intento, lo despegó y colocó justo a la altura que le dejase hablar sin comerse los pelos.

Ya estaba listo para salir. Así nadie podría conocerle.

El pelo distinto, de otro color y con otro peinado, gafas, el bigote postizo, ropa mucho más barata de lo habitual y algún gesto y detalle para no parecerse a quien se levantó por la mañana.

Cogió la mochila preparada la noche anterior y salió de su enorme casa por la puerta de



servicio. Prefirió caminar para evitar cualquier mirada a sus coches de lujo.

Las sensaciones de ir solo andando por las calles comerciales de la ciudad sin ser asaltado para una foto o una firma le parecieron increíbles llegando a sentirse de nuevo una persona en lugar de una marca para colocar en cualquier valla publicitaria.

Se sintió valiente y entró en un mercado, una vez dentro siguió con la sensación de que nadie le miraba. Compró un poco de fruta para seguir caminando y mientras avanzaba se comía una manzana.

Salió de aquel mercado y nada, cada persona pasaba por su lado sin cuchichear, ninguna sorpresa, ningún grito de fan alocado.

Volvió a entrar en el mercado de vuelta, esta vez había mucha más gente y mucho más ruido. Era la hora de salir del colegio y muchas madres iban comprando acompañadas de sus hijos.



Ellos tampoco se dieron cuenta que tenían tan cerca a la misma persona a la que colgaban en las paredes de sus habitaciones.

El don del anonimato le embriagó y continuó su paseo con la mochila a la espalda. Se observaba en los reflejos de los escaparates y ni él mismo se reconocía. Por dentro sonreía.

Llevaba muchos meses preparando esta aventura pero no había imaginado un resultado tan satisfactorio como aquel.

Por fin llegó a su destino, una pequeña joyería donde hacía seis años había comprado un anillo de compromiso. En ese anillo había gastado mucho dinero, pero lo caro para él había sido la inversión de emociones que llevaba aquella joya.

La respuesta que recibió a la pregunta obvia seis meses atrás fue un rotundo no dejando tras él un ruidoso portazo. Entonces fue cuando aquel anillo resultó no ser del material que se había pagado.



Y allí estaba de nuevo ante aquel joyero con un aspecto mucho más diferente a su último encuentro y con un espíritu aún más disfrazado.

Saludó al entrar, llegó al mostrador mientras abría la mochila y con la frialdad del anónimo apretó el gatillo.

Manchado quedó un bigote falso y la cordura del famoso atormentado.

Jesús Illán